

elegimos nosotros mismos cada tres años. El solo está encargado y cuida de todos los negocios de la casa. Todo está encomendado á su prudencia, para que los demas, desembarazados de toda aplicacion extraña, puedan entregarse sin distraccion á los ejercicios religiosos. El superior es el único que puede eximirse en consideracion á sus afanes; pero nunca se exime, y por lo ordinario es el que nos estimula con su ejemplo y exactitud.

El espíritu que dirige nuestra vida interior es el de estar siempre ocupados, siempre juntos, siempre en presencia los unos de los otros, haciendo nuestros ejercicios en comun para sostener recíprocamente nuestro fervor. Para daros una idea del modo con que vivimos, os diré por menor las ocupaciones de un dia, y en la explicacion de uno os enteraréis de todos, porque nuestros dias se parecen unos á otros, y cada dia y cada noche ven repetir las mismas ocupaciones.

A las cuatro de la mañana el toque de la campana nos llama al coro. Allí empezamos el dia por una hora de oracion: cada cual medita en secreto, eleva su corazon á Dios segun su espíritu le conduce, y le pide su socorro. Después nuestras voces se juntan para cantar las alabanzas de Dios, entonando con respeto y pausa una parte del oficio divino, y los himnos sagrados de la Iglesia. Esta santa salmodia nos dura dos horas, y cuando se acaba vamos á la iglesia, y allí deci-

mos la misa, ayudándonos alternativamente unos á otros. Cuando hemos acabado nuestros sacrificios, lo que suele ser á las ocho, nos juntamos todos en la biblioteca, y allí conferimos sobre todos los puntos de moral, que se examinan sucesivamente, y cuya instruccion nos es necesaria para el uso del confesonario; porque allí no se trata sino de lo que puede dirigirnos en la resolucion y doctrina que debemos dar á los penitentes. Esta ocupacion dura hasta las diez, y volvemos al coro donde decimos otra parte del oficio del dia que dura hasta las once.

La campana nos avisa entónces que es hora de comer, y vamos todos juntos al refectorio, de donde nos encaminamos despues á una capilla particular en que damos á Dios gracias por la magnífica liberalidad con que nos concede los frutos de la tierra para sostener nuestra existencia. Después de esto es permitido á cada uno retirarse á su aposento, donde puede tomar reposo si le necesita, ó llenar aquel tiempo con lecturas piadosas ó devociones particulares de su gusto. A las dos vuelve la campana á sonar, y nos avisa que debemos ir al coro á entonar la tercera y última parte del oficio del dia; y cuando se acaba rezamos de rodillas el rosario para dar este tributo de alabanza á la Madre de nuestro Dios, que tambien lo es nuestra, y por cuya intercesion esperamos nuestra eterna felicidad.

De aquí vamos otra vez á la biblioteca para tener la conferencia de la tarde, que se reduce á examinar otros puntos de moral, y todo lo que puede sernos útil en el destino de las misiones. Este ejercicio dura hasta las siete que volvemos al coro para tener otra hora de oracion. Se nos leen algunos puntos de las verdades eternas, y despues cada uno se aplica en particular á su meditacion. Solamente los viérnes ocupamos esta hora en hacer el *Via crucis*, que es un ejercicio devoto de la pasion y muerte de nuestro Redentor, y los mártres uno de nuestros padres nos hace una plática espiritual para excitarnos al amor de la virtud. A las ocho vamos á cenar, y despues volvemos á la misma capilla, donde damos gracias al Señor, y decinós juntos el oficio de la Vírgen para implorar su proteccion.

Todo esto se concluye á poco mas de las nueve, y es la hora en que cada uno debe en silencio retirarse á su estancia para tomar el reposo necesario. Esta ley del silencio es muy rigurosa entre nosotros, pues aunque como habeis visto, la mayor parte del dia estamos juntos, no nos es permitido hablar á ménos que la necesidad ó la caridad no lo exijan. El rigor de esta ley nos es muy útil, porque evita la relajacion que pudieran introducirse, y tambien la distraccion.

Pero como tambien pide la caridad, que hermanos que viven siempre juntos, y que por tan-

tos títulos deben amarse, puedan conferir entre sí, comunicárses sus pensamientos, y excitarse mutuamente á sostenerse en la carrera que siguen, y en el amor del Dios que adoran; un dia en la semana se nos permite el desahogo de una conversacion honesta y fraternal. Los domingos por la tarde, quando salimos de la iglesia despues de acabar las vísperas y el rosario, en lugar de ir á la biblioteca podemos bajar juntos á tomar el aire, y nos es lícito hablar y conferir juntos hasta que llega la hora de la oracion.

Ved aquí, señor, la rueda de nuestros ejercicios en que el fin de un dia nos prepara á observar igualmente el mismo método en el siguiente. Ya veis por esta descripcion, que en una vida tan ocupada no hay lugar para la ociosidad, y no es tan fácil la tentacion. Ya podeis ver tambien, que no hay ninguna austeridad extraordinaria; esta se reserva al espíritu de cada uno. Sin embargo la flaqueza humana es tanta, que esta repeticion continua de actos, siempre los mismos, pudiera hacerse fastidiosa, y repugnar á la naturaleza, si no la socorriera la piedad divina.

Gracias á su bondad nosotros sufrimos poco en este género de vida: todos estamos contentos con ella. Viejos y jóvenes la siguen no solo con fervor y agilidad, sino con alegría y satisfaccion. Separados del mundo y de sus agitaciones; desembarazados de todo afan que nos inquiete, de

todo cuidado que nos fatigue, viviendo á expensas de la Providencia, sin temor de los hombres, y confiados en Dios, procuramos no perder el tiempo que se nos ha dado para merecer, y aguardamos el momento, en que nos llame á la puerta, y nos conduzca á la patria celestial.

En efecto, señor, aquí todos edifican con sus ejemplos; pero entre todos tenemos muchos grandes y sobresalientes espejos de virtud y de mortificación: tenemos varones eminentes en sabiduría, y tambien lo son en virtudes: hombres cuya existencia es una oracion continua, que siempre en presencia de su Dios parece que ya no viven en la tierra, sino en el cielo; que superiores al mundo no los conserva el Señor sino para que detengan sus venganzas contra tantos pecadores que le insultan, y tantos imperfectos que le deshonran.

Yo quisiera, señor, que los vierais. Su aspecto solo inspira veneracion y amor á la virtud. Son monumentos vivos del Evangelio, y espejos en que resplandece toda la hermosura de su doctrina. Solo con verlos conoceréis que hay felicidad fuera del mundo, ó para expresarme mejor, que es menester estar fuera del mundo para hallar la verdadera felicidad.

Cuarenta ó cincuenta años de esta vida pobre, penitente y obscura, les han dado esta dulzura de carácter, esta serenidad de alma, que manifiesta

su apacible y tranquilo semblante. Se os harán sensibles las ventajas de la virtud, cuando veais la amenidad de sus discursos, y la paz que reina en su corazon. Estos venerables varones respiran el buen olor de Jesucristo, y son unas copias animadas de tan divino modelo. Su presencia sola persuade mas que todos los discursos; porque presentando una imágen visible de santidad, muestran al mismo tiempo cuán amable es la virtud.

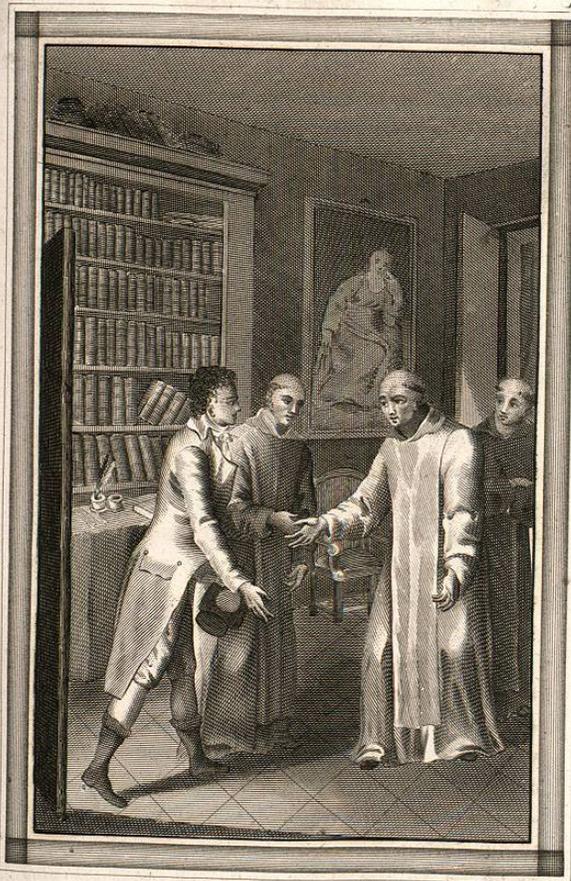
¡Ah! si las gentes del mundo pudieran dejar un instante las locas ilusiones que los alucinan, para ver con una mirada atenta la paz y la caridad con que viven los que se consagran con sinceridad al servicio de Dios; si pudieran observar la alegría con que corren sus días tranquilos, y la dulce esperanza con que aguardan sosegados la muerte, ¡oh, y qué presto abandonarían las tempestuosas pasiones con que se agitan, y vendrían á buscar la dicha en la calma de la buena conciencia!

Permitidme pues, señor, que vaya á prevenir á nuestro superior, y á algunos de nuestros padres, para que vengan á presentarnos sus respetos, y que al mismo tiempo os desahogueis un instante de los largos y penosos trabajos que habeis emprendido, con la amenidad de su dulce conversacion; estoy seguro que con los sentimientos que os ha inspirado la gracia, no pueden dejar de seros

agradables, y de confirmaros en vuestros intentos de aspirar á la virtud. Yo respondí al padre, que estaba dispuesto á hacer lo que me mandase; pero que me parecia mas á propósito, que fuese yo mismo á dar al padre superior gracias de haberme permitido estar en su casa tanto tiempo, y haberme dado lo necesario con tanta bondad. ¿Pues quereis venir vos mismo? Vamos, señor, me dijo el padre, levantándose, y yo le seguí.

Llevóme á un aposento en que ví un anciano venerable, que salió á recibirnos con la mayor urbanidad. A pesar de sus canas, indicios de su vejez, estaba todavía lleno de agilidad. La tez de su semblante lisa y reluciente, y la alegre viveza de sus ojos mostraba su salud, fruto de la inocencia de su vida. Jamas habia yo visto vejez tan hermosa, ni recibimiento tan gracioso. Pocos dias ántes le hubiera visto como un viejo incensato, como un hombre iluso, y mi corazón lleno de desprecio apénas hubiera defendido la vista en su simplicidad; pero ¿qué ojos tan diferentes tienen los que empiezan á observar con el Espíritu de Dios! ¿cuántas cosas ven, que no pueden ver los que estan preocupados con el espíritu del mundo! Yo me sentí penetrado de un respeto y veneración que jamas hombre alguno me habia inspirado, y los mayores soberanos de la tierra no me hubieran hecho mas profunda sensación.

habiansele representado en sus meditaciones, y en sus oraciones, que el Señor le habia escogido para ser su instrumento en el mundo.



Llevóme á un aposento en que vi á un anciano venerable, que salió á recibirme con la mayor urbanidad.

El padre me presentó al superior: yo procuré explicarle mi gratitud. El me respondió con términos tan amables y corteses, que redoblaron mi reconocimiento. No era su atención urbana aquella afectada cortesía con que se explica el mundo, y que no es otra cosa que el arte frívolo de hacer frases, y decir palabras que lo prometen todo, y nada significan: eran expresiones verdaderas y enérgicas; eran discursos que la sinceridad imprimía en sus labios, y que ratificaba el corazón; eran afectos puros y sencillos, hijos de la caridad fraterna, y que su origen se deriva del cielo.

Yo me hallaba indigno de tan franca cordialidad. Después de haber pasado algún tiempo en varios discursos, en que no pude ver la menor curiosidad de su parte, y que circularon únicamente sobre los objetos de su propia casa, oímos la campana, y el superior me dijo: Señor, nos llaman á comer. Yo no he asistido á la última hora del coro, porque habia convenido con el padre de que le esperaria para irnos á ver: vos os habeis dignado prevenirme. Si os dignárais tambien de venir á comer con nosotros, dariais mucho gusto á toda la comunidad.

Esta proposición me sorprendió: yo no la esperaba; y me quedé un instante perplejo. No dejaba de conocer cuántas ventajas y placeres me proporcionaba este convite; pero luchaba contra

mi gusto un secreto sentimiento de mi indignidad. A pesar de esto me resolví, y despues de pocos momentos de suspension, le respondí, que me reputaba por muy feliz de que así me favoreciese. Salimos pues, y fuimos juntos á una grande sala en que estaban las mesas preparadas. Los muchos padres que esperaban al superior para que diera la bendicion, me vieron sin sorpresa, y como acostumbrados á ver extrangeros; pero todos me saludaron con un aire de benevolencia amistosa. El superior me hizo sentar á su lado, y se nos sirvió una sobria y suficiente comida.

Miéntras todos comian, un lector leia un libro que referia los hechos ilustres de los santos; pero yo no podia comer atónito de verme en lugar tan poco merecido. Cuando yo consideraba que por la primera vez de mi vida me veia entre hombres de esta clase, entre santos, que queridos de Dios eran objeto de su complacencia: entre ángeles en fin, que se procuraban en la tierra la gloria que les esperaba en el cielo, sentia una especie de horror contra mí mismo; pero percibia un consuelo en las gracias que Dios me habia hecho, y en la resolucion de imitarlos.

Acabada la mesa fuí con ellos á la capilla á dar gracias, y despues el superior y mi director me condujeron á la puerta de mi estancia, diciéndome que descansase; pero yo supliqué al superior, que pues se habia servido de iniciarme en

su santa comunidad, me permitiese el asistir á todos sus ejercicios. El superior me representó que podian ser penosos para quien no estaba acostumbrado; pero habiendo insistido me lo concedió, añadiéndome que por acaso era aquel dia el de la recreacion, y que podria despues de visperas ir á pasear á la huerta con los padres. Mi director me prometió venir cuando fuera hora para conducirme al coro, y me quedé solo. No te diré las reflexiones que entónces hice, porque me llama la consideracion de otras cosas.

Vino el padre á la hora, y cuando llegamos al coro ya le encontramos lleno de padres, que se preparaban á cantar visperas y completas; pero cómo te pintaré, Teodoro, la impresion que me hizo este espectáculo tan nuevo para mí! No! Yo no tenia idea de un culto tan respetuoso y tan augusto, de una reverencia tan verdadera y tan profunda. Parecia que aquellos varones penetrados de la presencia del Dios, de quien iban á cantar las alabanzas, olvidados de la tierra, elevan al cielo sus corazones. ¡Qué conpuncion, Teodoro! ¡qué afectos en sus voces! ¡qué humildad en sus adoraciones!

Yo estaba como encantado. Me arrebatava el tono pausado y magestuoso con que cantaban los himnos y los salmos; me enternecia la uncion reverente con que los expresaban; el asombro, la ternura me sacaban lágrimas de los ojos. Yo

me decia: ¿Cómo no penetrarán hasta el cielo ruegos tan puros, súplicas tan fervorosas? ¡Ah! sin duda que estos son los que detienen el brazo de Dios contra los impíos. Esto es alabar á Dios dignamente. ¡Desdichado el que no conoce esta senda de la gloria divina! Acabado el oficio se pusieron todos de rodillas, y rezaron el rosario de María. Yo noté alguna diferencia en la expresión de sus sentimientos; me pareció que hablaban á esta piadosa Madre con una confianza mas tierna, y con la dulce cordialidad de hijos.

Luego que se concluyó el coro, todos los padres salieron, y llegándose á mí el superior y mi director me dijeron: Hoy es día de huerta: todos van á ella á desahogarse y ejercitar la caridad y benevolencia recíproca, pues no lo pueden hacer entre semana. Yo fui con mis guías, y cuando llegamos á la huerta los vimos reunidos en diferentes grupos ó corros, que se paseaban y conversaban entre sí; pero desde que nos vieron se acercaron á nosotros, y nos saludaron con mucha urbanidad y cortesía. No se notaba en su porte exterior ninguna de aquellas afectaciones con que el mundo suele ostentar afectos de que carece. Era una benevolencia tranquila, pero sincera; una cordialidad simple, pero franca. Se llegaron á mí con la misma confianza que si me hubieran tratado ántes; parece no veían en mí otra cosa que un hermano, un hombre como ellos,

una criatura de Dios á la que debían amor y buena voluntad.

Yo pasé algun tiempo en su compañía, ya paseándome con unos, ya sentándome con otros; y oyéndolos á todos, no advertí en ninguno la menor indiscreción ni curiosidad que me pudiese humillar. Sus discursos eran tan inocentes como sencillos. La mayor parte tenia por objeto las cosas naturales que se presentaban, y yo observé, que aun cuando hablaban de la tierra, elevaban su espíritu al cielo; pues si admiraban ó descubrian la naturaleza, era para levantar su corazon y sus pensamientos hasta su Autor. Todas sus reflexiones iban á parar á la causa universal de todo bien, y por este medio hasta sus diversiones y recreos eran una incesante alabanza de nuestro Dios.

Yo estaba tan edificado como confundido de verme en tan santa compañía. Me acordaba de la sociedad en que habia vivido hasta allí, de la que tendrian actualmente mis amigos, y de la que yo tuviera sin un prodigio de la bondad divina. Estas ideas me producian una satisfaccion interior, que jamas las diversiones profanas han podido inspirarme. ¡Ay, Teodoro! ¡cómo me acordaba de tí! ¡cómo hubiera querido tenerte en mi compañía! ¡cómo deseaba que sintieras mis nuevos placeres, y que tambien te desengañaras de tus errores! En estas y semejantes ideas se me

pasaba el tiempo con la velocidad del relámpago. La campana avisó que era ya la hora de oración, y volví con los padres al coro.

Allí se nos leyó el punto de meditacion, y hago memoria que fué de la muerte. Cuando se apagó la luz y quedamos en tinieblas, yo quise sujetar mi espíritu á repasar las ideas que debían excitarnos á la preparacion de tan terrible lance; pero no podía. No estaba acostumbrado á recoger mis pensamientos. Por otra parte estaba tan lleno de los nuevos objetos que me ocupaban, que mi imaginacion los divisaba y corría por ellos. Yo mismo era un espectáculo para mí, tan nuevo como increíble. Cuando volvía los ojos á considerarme, y me veía de rodillas, á oscuras y rodeado de tantas almas santas que habian consagrado á Dios una vida inocente, ó expiaban ligeras faltas con el rigor de tan larga y severa penitencia, apenas podía creerlo, y veía en esta tan rápida como prodigiosa transformacion de mi existencia, toda la fuerza del poder divino, y la extension de sus misericordias.

Algunos gemidos que se escapaban á aquellos inflamados corazones, y que eran lo único que interrumpia la perpetuidad de su silencio, me traspasaban el corazon. Me parecia que la Magestad del Eterno estaba sobre las bóvedas, que venia al ruego de los santos que le invocaban, que llenaba con su presencia toda la amplitud de

su templo, que invisible escudriñador de los corazones penetraba el secreto de los nuestros, que complacido con la inocencia de tantos justos, veria con horror la larga serie de mis depravaciones. Esta idea me horrorizaba, y el grito secreto de mi corazon le decia: Dios de misericordia, si en estas almas santas ves candor, pureza y virtudes, ya por tu bondad ves en la mia dolor, arrepentimiento y deseos.

¡Qué hubiera yo dado por hacer á todo el mundo, y sobre todo á tí y á mis demás engañados amigos, testigos de esta muda y religiosa escena, en que el peor de sus iguales convertido á su Dios, y puesto en su presencia imploraba ya su piedad por sí y por ellos! Sí, Teodoro: á pesar del conocimiento de mi indignidad yo me atreví á dirigir mi corazon á este Dios, bajo cuya mano me humillaba, y yo le pedí que usase contigo y los demás compañeros de la misma bondad que conmigo. Yo me atreví á decirle: Tú has escogido al peor de todos para hacerle vaso de tu misericordia; extiéndela, Señor, á tantos infelices. ¡Ah, Teodoro! si el ruego de un indigno puede llegar hasta su trono, habrá llegado el mio.

Un instante me pareció aquella hora: jamas he sentido ménos la sucesion del tiempo: yo creía que empezaba, cuando la campana avisó que era hora de cenar. Volvimos otra vez todos á la sala en que se comia, y donde se nos sirvió una li-

gera refaccion. De allí volvimos á la capilla donde se dan las gracias, y donde se dijo una parte del oficio de María. ¡Pobre de mí! ¡pobre ignorante! Yo no pude decirle, porque no sabia nada; pero me uní de corazon con los labios que repetian las alabanzas de la grande Madre. Yo la prometí aprenderle, y la pedí su proteccion. Este es el último de los ejercicios del dia. Luego que se acabó, dos padres me llevaron á mi cuarto, me dieron las buenas noches, y se retiraron.

Quedé solo, Teodoro; pero me parece que Dios quedó conmigo. Yo me sentia algo fatigado de los movimientos de aquel dia. Me senté en una silla, y sin saber cómo, los pensamientos que me cruzaban por el alma volvieron á ocuparme de tal modo, que pasé mucho tiempo en una especie de suspension, que no sé si la llame éxtasis ó enbeleso. Ella era sin duda oracion, pues no me cansaba de dar gracias á Dios de mi nuevo estado. Este otro mundo tan diferente y tan desconocido que veia; esta especie de gentes de un órden tan nuevo como superior, que yo habia despreciado tanto, y que ahora eran el objeto de mi envidia y de mi veneracion; el inmenso intervalo que observaba de mí mismo en la diferencia de tan pocos dias, todo esto me llenaba de admiracion y gratitud.

Sentia que mi corazon era otro, que mis ideas eran diferentes, que mis opiniones se habian mu-

dadó enteramente. Sobre todo mis ojos me parecian otros, pues veia los objetos de otra manera muy contraria. Lo que ántes me parecia hermoso y agradable, me parecia ahora pérfido y odioso. El mundo, sus halagos y pompas que tanto me habian encantado, me parecian ahora ilusiones mentirosas, prestigios engañosos. La virtud que me habia parecido tan necia, me parecia la única ciencia verdadera. Su austeridad se me habia transformado en dulzura, y su dureza en consuelo.

¿Cómo, me decia yo, ha podido mi juicio trastornarse de esta suerte? Era, Teodoro, porque ya empezaba á juzgar no por las falsas máximas del mundo, sino por las del cielo; porque ya no me detenia en su engañoso esplendor, sino que penetraba su interior verdad. Ya tenia una regla que me debia conducir, y era el Evangelio. Ya no estimaba las cosas sino como Dios las estima, y no podia dejar de exclamar: ¡Pobre de mí! yo era un incensato, yo vivia descaminado de la senda de la verdad; pero me consolaba pensando, que lo decia aun en tiempo.

Así pasé un gran rato; pero estos pensamientos mas me servian de consuelo que de pena. Ya mi arrepentimiento no era amargo, ni mis remordimientos devoradores; mi tristeza se consolaba con esperanzas, y mi conciencia, aunque afligida, no me atormentaba. Salí de esta suspension pa-

ra ponerme en el lecho. Yo habia pedido al padre, hiciese que el despertador de la comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus ejercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir; y así acabé este dia, el mejor de mi vida, el único dia completo para mí, y en que he procurado vivir como cristiano. ¡Ah! Dios haga, que los que me quedan que pasar sobre la tierra, se le parezcan, y que acabe bien una vida que hasta ahora ha sido tan mala. A Dios, amigo.

CARTA XXX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Yo dormia, Teodoro, con blando y apacible sueño, cuando el despertador de comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fué, que estaba entre los brazos de un Dios, que con su inmensidad lo abraza todo, y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso; pero aunque con celeridad, cuando llegué ya estaba toda la comunidad en oracion: y esto

sucedía siempre que iba al coro; pues por mas prisa que me daba, siempre se adelantaban los padres. ¡Tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el dia precedente: la mia fué algo mas sosegada; ya pude tranquilizar mas mi imaginacion, las ideas se me representaban con órden, y cada momento veia con mas claridad el abismo de que me habia sacado la Providencia.

Despues de la oracion se dijeron los maitines y laudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia, unia mi corazon con la pausada y magestuosa uncion con que recitaban los salmos. Despues muchos de los padres bajaron á la iglesia á decir misa: mi director me previno que ya no la diria en la capilla, y que desde el coro la podia oír en la iglesia. Así lo hice; y cuando acabó de dar gracias, volvió y me dijo: Ahora van los padres á tener su conferencia de moral, ejercicio muy útil para los confesores; me parece que nosotros podremos emplear mejor el tiempo, y si quereis irémos á vuestro cuarto, y nos ocuparémos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al coro. Yo le respondí que estaba pronto á seguirle, y nos fuimos.

Pero apenas nos sentamos cuando el portero de la casa entró con Simon. El padre quiso retirarse diciendo, que lo hacia para que hablásemos con libertad: pero le representé, que yo no